

Sueños en tiempos de guerra

Memorias de infancia

Ngũgĩ wa Thiong'o

Traducido por Rita da Costa

El sueño de cambiar el destino de un país
colonizado inmerso en una guerra genocida.

Rayo verde
editorial

Primera edición: septiembre 2016

Título original: *Dreams in a Time of War*

Copyright © 2010 by Ngũgĩ wa Thiong'o

© de la traducción del inglés, Rita da Costa

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2016

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Fotografía de la cubierta: Peter Mendelsund

Producción editorial: Josep Pons

Corrección: Pablo Moíño

Publicado por Rayo Verde Editorial

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª, 08015 Barcelona

www.rayoverde.es

 @Rayo_Verde  RayoVerdeEditorial

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B 412-2016

ISBN: 978-84-16689-19-4

BIC: BM, BGHA, HBJH, HBTQ

Impreso en España - *Printed in Spain*

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por
ACE Traductores.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Para Thiong'o padre, Kimunya, Ndūcu, Mūkoma, Wanjikū, Njoki, Bjorn, Mūmbi, Thiongo K. y mi sobrina Ngína, con la esperanza de que tus hijos lean esto y conozcan así a su bisabuela Wanjikū y su tío abuelo Wallace Mwangi, más conocido como el Buen Wallace, así como el papel que desempeñaron ambos en la formación de vuestros sueños. Para todo el clan Ndūcū y la familia Thiong'o, y para mi mujer, Njeri wa Ngūgĩ, que me animó a escribir estas memorias.

No hay nada como un sueño para crear el futuro.

—Victor Hugo, *Los miserables*

*He sabido por los libros, querido amigo,
de hombres que soñaban y vivían
y pasaban hambre en una habitación sin luz,
que no podían morir porque la muerte era demasiado pobre,
que no dormían para soñar,
sino que soñaban para cambiar el mundo.*

—Martin Carter, «Mirando tus manos»

*En los tiempos sombríos
¿seguiremos cantando?
Sí, seguiremos cantando
sobre los tiempos sombríos.*

—Bertolt Brecht, «Acertijo»

Años más tarde, cuando leyera que para T. S. Eliot abril era el mes más cruel, recordaría lo que me ocurrió un día de abril de 1954 en la fría región de Limuru, la extensión de tierra más preciada de una zona que en 1902 otro Eliot —sir Charles Eliot, a la sazón gobernador de la Kenia colonial— había reservado para los colonos europeos y rebautizado como White Highlands o Tierras Altas Blancas. Aquel recuerdo, en toda su inmediatez, me vino a la mente de un modo vívido.

Ese día no había almorzado, y mi estómago no guardaba recuerdo alguno de las gachas que había engullido a toda prisa por la mañana, antes de recorrer a pie los diez kilómetros que me separaban de la Kinyogori Intermediate School, la escuela de segundo ciclo de primaria. Ahora debía volver sobre mis pasos para regresar a casa, y traté de no ilusionarme demasiado con la posibilidad de llevarme algo a la boca esa noche. Mi madre se las ingeniaba bastante bien para poner sobre la mesa una comida diaria, pero cuando se tiene hambre es mejor concentrarse en algo, lo que sea, con tal de no pensar en comer. Eso era lo que solía hacer yo a la hora del almuerzo, mientras otros chicos sacaban la comida que habían traído y los que vivían en las inmediaciones se iban a almorzar a casa aprovechando la pausa del mediodía. Yo fingía que tenía algún sitio adonde ir, aunque en realidad me cobijaba a la sombra de cualquier árbol o arbusto, lejos de los demás chicos, y me sentaba a leer un libro, cualquier libro que cayera en mis manos. No es que abundaran, precisamente, pero hasta los apuntes de clase eran bienvenidos como forma de distracción. Ese día me puse a leer una edición abreviada de *Oliver Twist*, de Dickens. En el libro

había un dibujo a pluma de Oliver Twist sosteniendo un cuenco y mirando a otro personaje mucho más alto que él, con la leyenda: «Señor, ¿puedo tomar un poco más, por favor?». Me sentí identificado con aquella pregunta, aunque en mi caso el interlocutor solía ser mi madre, mi única benefactora, que me dejaba repetir siempre que podía.

Escuchar las historias y anécdotas de otros chicos también era una forma de distracción que me tranquilizaba, sobre todo en el trayecto de vuelta a casa, menos angustioso que el matutino, cuando teníamos que correr descalzos hasta la escuela sin detenernos ni un segundo, con la cara bañada en sudor, para no llegar tarde y evitar así que nos azotaran las palmas de las manos. De vuelta a casa, salvo los chicos de Ndeiya o Ngeca, que se veían obligados a recorrer quince kilómetros o más, nos lo tomábamos con calma. Lo cierto es que incluso nos venía bien matar el tiempo en la carretera antes de esa última comida diaria, que unas veces llegaba y otras no, y de las tareas que nos esperaban en el poblado familiar y alrededores.

A Kenneth, uno de mis compañeros de clase, y a mí se nos daba bastante bien matar el tiempo, sobre todo cuando nos disponíamos a remontar la última colina que nos separaba de la aldea. Al pie de la empinada ladera, nos turnábamos lanzando una «pelota» —por lo general el fruto del algodón de seda— que chutábamos de espaldas y que pasaba volando por encima de nuestras cabezas en dirección a la cima. El siguiente disparo debía hacerse desde el punto en que había aterrizado la pelota, y así sucesivamente. Ganaba quien coronaba primero la loma. No era la forma más fácil ni rápida de llegar a casa, pero tenía la virtud de hacer que nos olvidáramos del mundo. Sin embargo, cuando sucedió esto que cuento

ahora, ya éramos mayores para esa clase de juegos. Además, ningún juego lograba cautivarnos como los relatos.

En el camino de vuelta solíamos apiñarnos en torno al compañero que estuviera contando una historia, y aquellos que poseían un talento especial como narradores se convertían en los héroes del momento. A veces, en el afán por situarse cerca del orador, unos chicos lo empujaban hasta apartarlo del camino mientras otros hacían lo propio desde el lado contrario, y todo el grupo seguía avanzando en zigzag como un rebaño de ovejas.

Aquella noche no fue distinta, salvo por la ruta que tomamos. Desde Kinyogori hasta mi aldea natal —Kwangūgī o Ngamba— y sus alrededores, solíamos tomar un camino que atravesaba varios cerros y barrancos, pero cuando íbamos absortos en algún relato no nos fijábamos en el abrupto paisaje, ni en los campos de maíz, patatas, guisantes y alubias que se sucedían ante nosotros, cada uno de ellos delimitado por hileras de acacias o matas de manzana cafre y zarzas de color gris. Por aquel camino llegábamos a la zona de Kihingo, pasábamos por delante de mi antigua escuela primaria, Manguo, bajábamos al valle y ascendíamos un monte poblado de hierba y acacias negras. Pero aquel día, mientras seguíamos como ovejas a nuestro contador de historias, tomamos otra ruta ligeramente más larga: avanzamos en paralelo a la valla de la fábrica de zapatos Bata de Limuru y, dejando atrás su hediondo vertedero de residuos de caucho, cuero y pieles en descomposición, llegamos a un cruce de vías férreas y caminos, uno de los cuales conducía al mercado. En dicho cruce vimos a un grupo de hombres y mujeres, seguramente procedentes del mercado, en animada conversación. La multitud se iba nutriendo de los operarios de la fábrica de zapatos que salían de trabajar y se unían al gentío. Un par de chicos reconoció a familiares suyos

entre los allí reunidos. Yo los seguí para oír qué decían.

—Lo han pillado con las manos en la masa —decían algunos.

—Con balas en las manos, ¿te lo puedes creer? A plena luz del día.

Todos, incluso los niños, sabían que cualquier africano al que sorprendieran en posesión de una sola bala o cartucho vacío sería acusado de traición y tachado de terrorista, y acabaría irremediablemente en la horca.

—Se han oído disparos —afirmaban otros.

—He visto con mis propios ojos cómo le disparaban.

—¡Pero no ha muerto!

—¡Ja! ¡Cómo iba a morir, si volaban las balas contra los que estaban disparando!

—No, él sí que ha salido volando hacia el cielo y ha desaparecido entre las nubes.

Las discrepancias entre quienes relataban los hechos dividieron a la multitud en grupos más pequeños compuestos por tres, cuatro o cinco personas, congregadas en torno a un narrador que defendía su propia versión de lo sucedido aquella tarde. Casi sin proponérmelo, empecé a moverme entre los distintos corrillos, recabando fragmentos de información de aquí y allá. Poco a poco, fui atando entre sí los distintos hilos de la historia hasta comprender lo que mantenía unida a la multitud, la fascinante leyenda de un hombre sin identidad al que habían detenido cerca de los comercios indios.

Dichos comercios se habían levantado en lo alto del cerro, hileras de edificios vueltos unos hacia otros que constituían un inmenso recinto rectangular para vehículos y compradores, provisto de vías de acceso en las esquinas. El terreno bajaba en pendiente hacia una llanura en la que se alzaban varias construcciones, propiedad de africanos, formando un recinto también rectangular que

los miércoles y sábados albergaba un mercado. Las cabras y ovejas que se vendían esos dos días de mercado se guardaban en los cercados del gran terreno en pendiente que mediaba entre ambos núcleos comerciales. Al parecer, fue precisamente allí donde tuvieron lugar los hechos que ahora acaparaban la atención de testigos y oyentes. Todos ellos coincidían en que, tras esposar al hombre, la policía lo había obligado a subirse a la parte trasera de un furgón.

Al poco, sin embargo, el hombre había saltado del vehículo en marcha y había echado a correr. Desprevenidos, los policías habían dado media vuelta y perseguido al hombre sin dejar de apuntarle con las armas. Algunos de ellos se habían apeado del vehículo para continuar la persecución a pie. El hombre se había mezclado con los compradores y luego se había escabullido por un hueco entre dos tiendas y había salido al terreno en pendiente que quedaba entre los comercios indios y los africanos. Allí, la policía había abierto fuego. El hombre había caído abatido pero se había levantado de nuevo y había seguido corriendo en zigzag. La escena se había repetido una y otra vez hasta que, serpenteando para abrirse paso entre los rebaños de cabras y ovejas, el hombre huyó ladera abajo, dejó atrás las tiendas africanas, cruzó la vía del tren y desapareció al otro lado de ésta, más allá de las hacinadas viviendas de los operarios de la fábrica de zapatos, se perdió montaña arriba y se internó, al parecer ileso, en las exuberantes plantaciones de té de los europeos. La persecución había convertido al anónimo fugitivo en toda una leyenda e inspirado numerosos relatos de heroísmo y magia entre quienes habían sido testigos de los hechos y quienes los habían conocido de labios de éstos.

Yo había oído contar historias similares sobre los guerrilleros del Mau Mau, y en particular sobre Dedan Kĩmathi, pero hasta entonces la magia se había manifes-

tado lejos, en Nyandarwa y en las faldas del monte Kenia, y quienes las relataban nunca habían presenciado los hechos con sus propios ojos. Ni siquiera mi amigo Ngandi, el más informado de todos los narradores, podía presumir de haber visto ninguna de las acciones que no obstante describía con todo lujo de detalles. Yo disfruto más como oyente que como narrador, pero no veía la hora de contar aquella historia, ya fuera antes o después de la cena. La próxima vez que viera a Ngandi, tal vez pudiera estar a su altura.

Las barreras en forma de equis del paso a nivel se levantaron. Se oyó una sirena y el tren pasó, recordando a la multitud de curiosos que aún le quedaban varios kilómetros de trayecto. Kenneth y yo también nos pusimos en marcha junto con los demás estudiantes, y cuando nos quedamos los dos solos mi compañero se encargó de romper el hechizo poniendo en tela de juicio la veracidad del relato, al menos tal como lo habían contado. A Kenneth le gustaba trazar una clara línea divisoria entre realidad y ficción, y no le gustaba que se mezclaran entre sí. Nos separamos cerca de su casa sin habernos puesto de acuerdo en el grado de exageración de lo que habíamos escuchado.

Por fin estaba en casa, donde me esperaban mi madre, Wanjikū, mi hermano pequeño, Njinjū, mi hermana Njoki y la mujer de mi hermano mayor, Charity, todos ellos acurrucados junto al fuego. Pese al escepticismo de Kenneth, yo seguía eufórico por la historia del fugitivo sin nombre, como uno de esos personajes de los libros. Súbitas punzadas de hambre me devolvieron a la realidad, pero hacía ya bastante rato que había anochecido, lo que significaba que la cena tal vez no tardara en llegar.

La comida estaba lista, en efecto, y me la sirvieron en un cuenco hecho con una calabaza, en medio de un silencio sepulcral. Ni siquiera mi hermano pequeño, que

nunca dejaba pasar la oportunidad de señalar mis faltas, como el hecho de que hubiera vuelto a casa después de anochecer, abrió la boca. Yo quería explicar por qué había llegado tarde, pero primero tenía que acallar los rugidos de mi estómago.

Descubrí que mis explicaciones eran del todo innecesarias cuando mi madre rompió el silencio para anunciar que Wallace Mwangi, mi hermano mayor —el Buen Wallace, como todos lo llamaban—, había escapado de la muerte por un tris aquella misma tarde. Recemos para que esté a salvo en las montañas. La culpa la tiene esta guerra, dijo.

Yo nací en 1938, bajo la sombra amenazadora de otro conflicto armado, el de la Segunda Guerra Mundial. Mi padre se llamaba Thiong'o wa Ndũcũ y mi madre Wanjikũ wa Ngũgĩ. Ignoro qué lugar ocupó, atendiendo a la edad, entre los veinticuatro hijos de mi padre y sus cuatro esposas, pero soy el quinto hijo del hogar de mi madre. Me precedían mi hermana Gathoni, mi hermano Wallace Mwangi y mis hermanas Njoki y Gacirũ, por ese orden, y me sucedía mi hermano Njinjũ, el sexto y último hijo de mi madre.

El primer recuerdo que conservo de mi hogar es un gran patio en torno al cual había cinco cabañas dispuestas en semicírculo. Una de aquellas chozas pertenecía a mi padre, y era allí donde las cabras se guarecían por las noches. Su cabaña, que recibía el nombre de *thingira*, era la vivienda principal del poblado familiar, no por sus dimensiones sino porque quedaba algo retirada y equidistante respecto a las otras cuatro. Las esposas de mi padre —o nuestras madres, pues así las llamábamos— se turnaban para llevarle comida.

Las chozas de cada una de las mujeres estaban divididas en espacios que cumplían distintas funciones: en el centro había un hogar delimitado por tres piedras en torno al cual se distribuían las zonas destinadas a dormir, una especie de despensa, un gran corral para las cabras y, a menudo, un pequeño redil donde se cebaba a las ovejas y cabras destinadas al sacrificio en las grandes ocasiones. Cada hogar disponía de su propio granero, una pequeña choza levantada sobre pilotes con paredes hechas de delgados tallos entretejidos. El granero era la medida de la abundancia y la escasez. Después de una buena cosecha se

llenaba de maíz, patatas, alubias y guisantes. Sabíamos si íbamos a pasar hambre o no por la cantidad de alimentos que había en su interior. Más allá del patio quedaba el inmenso cercado de las vacas, con cobertizos más pequeños para acoger a los terneros. Las mujeres recogían las boñigas de vaca y los excrementos de cabra y los depositaban en un estercolero situado junto a la entrada principal del patio. Con el paso de los años, el estercolero se convirtió en una loma tapizada de verdes y rabiosas ortigas. Era tan inmensa que me parecía increíble que los adultos pudieran subir y bajar por sus laderas con tanta facilidad. En la falda de aquella colina se extendía un paisaje boscoso. De pequeño, cuando apenas sabía caminar, seguía con la mirada a mis madres y a mis hermanos mayores cada vez que salían por la cancela del patio y me convencía de que el bosque los engullía misteriosamente por la mañana y los devolvía ilesos por la tarde, envueltos en el mismo misterio. Sólo más tarde, cuando pude alejarme un poco del patio, distinguí los senderos que había entre los árboles. Aprendí que más allá del bosque quedaba el municipio de Limuru y, al otro lado de la vía férrea, las plantaciones de los blancos en las que mis hermanos mayores trabajaban como jornaleros recolectando hojas de té.

Luego las cosas cambiaron. No sabría decir hasta qué punto lo hicieron de forma gradual o súbita, pero lo cierto es que cambiaron. Las vacas y las cabras fueron las primeras en desaparecer, dejando a su paso cobertizos desiertos. El estercolero dejó de ser un depósito de boñigas de vaca y excrementos de cabra para convertirse en un basurero a secas. Con el tiempo, su altura se hizo menos amenazadora y también yo aprendí a triscar arriba y abajo por sus laderas. Más tarde nuestras madres dejaron de sembrar los cultivos que rodeaban el patio para ir a faenar en plantaciones que quedaban lejos del poblado. Mi padre abandonó

su *thingira*, y las mujeres tenían que caminar un buen trecho para llevarle comida. Recuerdo cuando talaron los árboles, reduciéndolos a tocones, y cavaron la tierra para luego plantar pelitre. Se me hacía raro comprobar cómo el bosque retrocedía ante el avance imparable de los campos de pelitre. Y lo más extraño de todo era que mis hermanos trabajaban como temporeros en los nuevos campos que habían devorado nuestro bosque, cuando hasta entonces sólo lo habían hecho al otro lado de la vía férrea, en las plantaciones de té de los europeos.

Los cambios en el paisaje físico y social no se sucedían según un orden discernible sino que se solapaban entre sí, lo que contribuía a generar cierta confusión. No obstante, y pese a ello, con el tiempo empecé a atar cabos y a verlo todo con más claridad, como si dejara atrás una densa niebla. Aprendí que nuestra tierra no era exactamente nuestra; que nuestro poblado familiar se hallaba en una finca propiedad de un terrateniente africano, el señor reverendo Stanley Kahahu, o bwana Stanley, como lo llamábamos nosotros; también aprendí que nos habíamos convertido en *ahoi*, desposeídos, arrendatarios sin contrato ni derechos cuya suerte dependía de la voluntad del amo. ¿Cómo habíamos acabado convertidos en *ahoi* en nuestras propias tierras? ¿Acaso habían pasado a manos de los europeos? La niebla no acababa de disiparse.

Mi padre guardaba ciertas distancias con nosotros y apenas hablaba de su pasado. Nuestras madres, en torno a las cuales giraban nuestras existencias, parecían reacias a desvelar lo que sabían sobre el particular. Sin embargo, fuimos reuniendo retazos de conversaciones, susurros, corazonadas y alguna que otra anécdota hasta formar un relato de su vida y de la rama familiar paterna.

Mi abuelo paterno era un niño masái que fue a parar a un poblado gĩkũyũ de la región de Mũrang'a, quién sabe si como botín de guerra, prisionero o tal vez huyendo de alguna penalidad, como las hambrunas. Al principio no entendía el gĩkũyũ y, a oídos de su familia adoptiva, las palabras masái que pronunciaba sonaban como «tũcũ» o «tũcũka», por lo que decidieron llamarlo Ndũcũ, «el niño que sólo decía tũcũ». También le concedieron a título honorífico el nombre generacional Mwangi. Según se dice, el abuelo Ndũcũ contrajo matrimonio con dos mujeres, ambas llamadas Wāngeci. Con una de ellas tuvo dos hijos varones —Njinjũ o Baba Mũkũrũ, como solíamos llamarlo, y Thiong'o, mi padre—, y tres hijas, Wanjirũ, Njeri y Wairiumũ. Con la segunda Wāngeci, mi abuelo tuvo otros tantos hijos varones, Kariũki y Mwangi Karuithia. Este último era también conocido como Mwangi el Cirujano porque habría de convertirse en un experto en circuncisión masculina y ejercería su oficio a lo largo y ancho del territorio gĩkũyũ y masái.

Estaba escrito que yo no llegaría a conocer a mi abuelo Ndũcũ ni a mi abuela Wāngeci. Una misteriosa enfermedad asoló la región y él fue de los primeros en fallecer, seguido poco después por sus dos esposas y su hija Wanjirũ. Justo antes de morir, mi abuela, convencida de que pesaba

sobre la familia una terrible maldición del pasado o un poderoso hechizo lanzado por algún vecino envidioso —pues de lo contrario, ¿cómo podía la gente morir sin más ni más, tras unas simples fiebres?—, dispuso que mi padre y su hermano buscaran cobijo con unos parientes que ya habían emigrado a Kabete, una aldea que quedaba a kilómetros de distancia, entre los que se contaban sus hermanas Njeri y Wairiumũ. Hizo prometer a los chicos que jamás regresarían a Mũrang'a ni revelarían sus orígenes exactos a sus propios descendientes, para que éstos no sintieran la tentación de volver a las tierras familiares para reclamarlas y se vieran abocados al mismo destino. Los dos chicos se mantuvieron fieles a la promesa que habían hecho a su madre y huyeron de Mũrang'a.

La misteriosa enfermedad que había acabado con la vida de mis abuelos y obligado a mi padre a emprender la huida sólo cobró verdadero sentido para mí años después, cuando leí en las páginas del Antiguo Testamento los relatos de plagas que diezmaban comunidades enteras. Entonces imaginaba a mi padre y a su hermano como parte de un éxodo causado por una epidemia de proporciones bíblicas que los habría obligado a partir en busca de la tierra prometida. Sin embargo, cuando más tarde leí sobre las andanzas de los negreros árabes, los exploradores misioneros e incluso los grandes cazadores europeos —el joven Churchill en 1907, T. D. Roosevelt en 1909 y una larga lista de sucesores—, volví a imaginar a mi padre y a mi tío como dos aventureros armados con arco y flechas que recorrían aquellos mismos senderos esquivando a los cazadores blancos, enfrentándose a los leones que vagaban por aquellas tierras, escapando milagrosamente de las sigilosas serpientes, abriéndose paso a machetazos entre la selvática maleza de un bosque ancestral, cruzando montañas y valles hasta que de pronto llegaron a una planicie

que contemplaron con una mezcla de asombro y temor. Ante sus ojos se alzaban construcciones de piedra de altura desigual, caminos atestados de vehículos de formas dispares y personas de distinto color, con tonalidades de piel que iban del negro al blanco. Algunos de los blancos viajaban sentados en carruajes tirados y empujados por hombres negros. Debían de ser *mizungu*, espíritus blancos, y aquello la ciudad de Nairobi, que según decían había brotado de las entrañas de la tierra. Pero nada los había preparado para la vía férrea y el aterrador monstruo que vomitaba fuego y a ratos lanzaba un alarido espeluznante.

La propia Nairobi había sido engendrada por dicho monstruo. Lo que inicialmente fue el centro logístico donde se almacenaba el ingente material destinado a la construcción del ferrocarril y sus numerosos servicios auxiliares se había ido expandiendo hasta convertirse en una ciudad habitada por miles de africanos, cientos de asiáticos y un puñado de europeos con malas pulgas que la dominaban. Hacia 1907, cuando —a las órdenes del primer ministro Henry Campbell-Bannerman y en calidad de subsecretario de Estado para las colonias— Winston Churchill visitó Nairobi, que por entonces tenía nueve años de existencia, escribió que todos los hombres blancos de la capital desempeñaban «funciones políticas y, en su mayor parte, el liderazgo de sus propios partidos», y expresó su incredulidad ante el hecho de que «un centro de tan reciente creación fuese a desarrollar unos intereses tan divergentes y contrapuestos o que una comunidad tan pequeña pudiera otorgar a cada uno de ellos tan vigorosa, e incluso vehemente, forma de expresión».¹

Las grandes casas de las llanuras ejercieron un efecto distinto en cada uno de los dos hermanos. Después de

1 Winston S. Churchill, *Mi viaje por África*, Ediciones del Viento, A Coruña, 2003. Trad. Lola Ponte Miramontes. (*N. de la T.*)